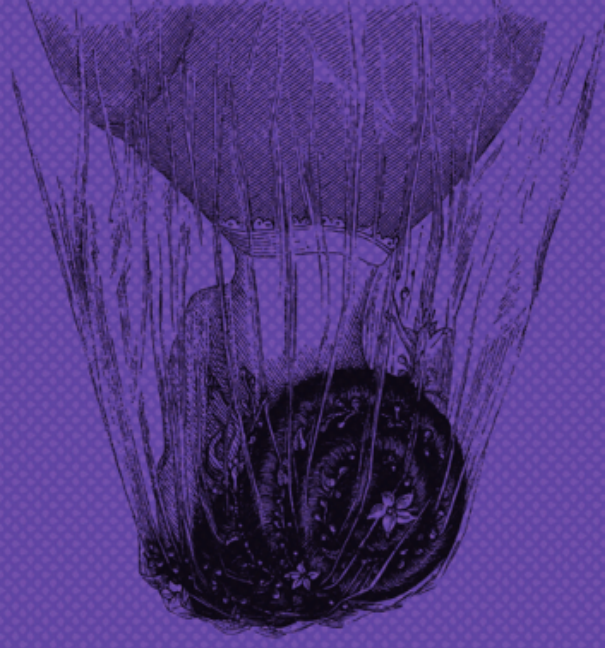


NOVELA RECUPERADA

Tomás Michelena

DÉBORA (1884)



DÉBORA  
*Tomás Michelena*





DÉBORA  
*Tomás Michelena*



*Catalogación en la publicación - Biblioteca Nacional de Colombia*

Michelena, Tomás, 1835-1909

Débora (1884) / Tomás Michelena ; introducción y epílogo,  
Nathalie Bouzaglo, Carlos G. Halaburda. -- 1a. ed. -- Bogotá : Himpar Editores,  
2020.

p. 192

Contiene datos biográficos del autor.

ISBN 978-958-58740-6-0

1. Novela venezolana - Siglo XIX I. Bouzaglo, Nathalie, prolog.

II. Halaburda, Carlos, prolog. III. Título

CDD: V863.4 ed. 23

CO-BoBN- a1055767



Débora

© Tomás Michelena, 1884

© Corporación Himpar editores, 2020

Bogotá D.C., Colombia

ISBN (impreso): 978-958-58740-6-0

ISBN (ePub): 978-958-58740-9-1

Edición: Himpar Editores

Diseño gráfico: Sandra Restrepo

Edición digital: Himpar Editores

DÉBORA  
1884

*Tomás Michelena*

Introducción y epílogo

*Nathalie Bouzaglo*  
*Carlos G. Halaburda*

2020

# INTRODUCCIÓN



La reaparición de *Débora* da cuenta de un deseo de actualizar el catálogo de obras decisivas del *fin de siècle* en América Latina y entender desde esta nueva circulación una de las polémicas más encendidas del entresiglo, precisamente señalada por su autor en el prólogo: “la educación de la mujer, su libertad positiva y la insoluble cuestión conyugal”. *Débora* fue publicada por primera vez en Barcelona, en 1884, por la editorial Luis Tasso y Serra. Hasta ahora, esa era la única edición de la novela del venezolano Tomás Michelena (1835-1901). Al contrario de novelas clásicas del fin de siglo latinoamericano como *De sobremesa* (Colombia, 1925) de José Asunción Silva, *Santa* (México, 1903) de Federico Gamboa, *Sin rumbo* (Argentina, 1885) de Eugenio Cambaceres y *O cortiço* (Brasil, 1890) de Aluísio Azevedo, *Débora* y el corpus finisecular venezolano, en términos generales, han tenido menos fortuna en su recepción crítica y han quedado al margen del canon literario decimonónico.

En *Débora* se desacomodan los esquemas de regularidades de la vida privada, puesto que abre un campo de aproximación a las principales ansiedades de la burguesía finisecular. Escenas de adulterio y episodios de intenso erotismo, que en esa época resultaban escandalosos, se desarrollan en interiores de lujo y ostentación, donde un sofisticado y truculento castigo detonará un *thriller* que atrapará a las lectoras del siglo XXI. Michelena, liberando la prosa finisecular de los extensos pasajes descriptivos del realismo-naturalista, nos

entrega un relato de trama detectivesca que se exhibe como un verdadero melodrama erótico-policial que cautivará igualmente al público general como a los investigadores que se ocupan del siglo XIX.

¿Por qué insistir en la lectura de documentos literarios del fin de siglo y sus dramas de la vida íntima? Innovación y modernidad eran conceptos paralelos en los años de 1800. La innovación se convirtió en el nuevo credo de la burguesía, sujeto histórico-político protagonista del siglo que se verá retratado en la novela, un material de la cultura que daba expresión a sus vidas privadas, sus deseos y fantasías. Se hacía una celebración de la vida diaria y sus espacios ordinarios. La influencia cultural de la burguesía hacía de la novela la forma dominante de registro histórico-social de los cambios en las grandes urbes que comenzaban a absorber a las masas cosmopolitas. Los lectores, por otro lado, accedían a la experiencia moderna desde la mirada de personajes de la ficción en su existencia común. La lectura de la obra realista habilitaba así una zona de interrogación sobre los sueños de plenitud de una clase en su apogeo. Y *Débora*, en el contexto venezolano, articulará, desde el deseo y la transgresión, una profunda crítica de lo ordinario. Interrogará el lugar mismo del hogar y el matrimonio en la gesta burguesa del progreso nacional.

Este trabajo de recuperación de un documento literario axial para comprender las intersecciones entre el derecho y las relaciones de género y sexualidad en la Venezuela de entresiglos no habría sido posible sin la colaboración de colegas e instituciones que nos facilitaron recursos para llevar a cabo este proyecto. Debemos el descubrimiento de esta importante novela a la investigadora y docente Paulette Silva Beauregard de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, quien nos facilitó un primer ejemplar de la obra. Asimismo, nuestro

agradecimiento a la bibliotecaria Michelle Guittar de la Universidad de Northwestern y a la Biblioteca de Catalunya por facilitarnos un ejemplar de este rarísimo material de la cultura de Venezuela. Finalmente, agradecemos a Himpar editores por proponernos recuperar esta novela, así como al Social Sciences and Humanities Research Council of Canada y al Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Northwestern por su apoyo financiero para la publicación de este volumen.

*Nathalie Bouzaglo*  
*Carlos G. Halaburda*

EVANSTON, 2020

Algunas expresiones y usos de la lengua pueden resultar anticuados para el público contemporáneo, pero pensamos que no interrumpen el ritmo y la fluidez de la lectura de la novela y por eso los hemos conservado en esta edición. Solo corregimos errores tipográficos, actualizamos el uso de la tilde y evitamos la profusión de puntos suspensivos, que en el original se usan con fines expresivos.



DÉBORA

## Prólogo



Es en ocasiones un prólogo la simple explicación del libro, en otras, algo más: su recomendación.

En el primer caso se halla el presente. Se hace necesario decir por qué fue escrito y por qué en sus páginas se ofrece de relieve un colorido algo fuerte.

Bastará exponer que este romance encierra dos dramas reales, hechos históricos, y que expofeso han sido coordinados a fin de exhibir en un solo cuadro las causas y efectos de un grave mal, y las deducciones del autor.

La educación de la mujer, su libertad positiva y la insoluble cuestión conyugal, he aquí el tema.

Hemos tomado las cosas conforme pasaron; cambiados los nombres y lugares y mezclado en el drama principal el accesorio.

Ahora léase, deseando el autor que no se susciten prevenciones.

# I

Débora había cumplido treinta años; y con más razón que el poeta, por justa vanidad de su sexo, podía decir:

*Malditos treinta años,*

*Fecunda edad de tristes desengaños\**.

Una mujer soltera a tal edad comienza a sentirse asaltada por multitud de ideas contrapuestas, peligrosa efervescencia de una revolución que se opera en su ser: decae su ánimo al reflexionar amargamente sobre la vida y la inestabilidad de las cosas humanas; laméntase más que los románticos al contemplar ya lejos, detrás de sí, entre las brumas del pasado, desvaneciéndose las fantásticas ilusiones; no celebra su día, como en otros tiempos, y quisiera que nadie llegara a conocerlo, porque hasta las muestras de cortesanía rendidas en tan dolorosa fecha son dardos arrojados sobre su frente; cree haber avanzado demasiado en la carrera de la existencia, sin alcanzar jamás su ideal, y observa que a pesar de tan rápida marcha se ha quedado atrás o, lo que es lo mismo, que se halla cerca de pertenecer al pasado. En tal estado llama en su auxilio a todos los poderes y fuerzas humanas y, en su desesperación, en la agonía del naufrago, al

que se asemeja, echa mano de cualquier tabla de salvación para ver de llegar a puerto. ¡Nada de extraño tiene que dé en peligrosos escollos!

Débora era bella, bellísima, de esas naturalezas excepcionales, siempre frescas y llenas de vigor.

Nació y creció en la opulencia, fue mimada por todo lo que la rodeaba desde su cuna, y tuvo por lema en el gran mundo el buen vivir.

Bella, rica y libre, triple galardón de la naturaleza, de la herencia y las costumbres, podía decir que había alcanzado lo que no es común: tres grados de felicidad. Sin

embargo, aquello era también un fecundo manantial de desgracias.

Educada en Francia, su patria, estudió y aprendió mucho de lo menos provechoso a la mujer; pero bien poco de tanta acumulación intelectual le fue útil en la vida práctica. Poseía varios idiomas, los que principalmente empleó en frívolas lecturas; escribía con cierto donaire, y el trasunto de su literatura ha quedado en algunas epístolas amorosas, falsas imitaciones de Eloísa y Corina; sabía la historia como se saben los hechos y los nombres de las cosas comunes de la vida, sin ilación alguna, de tal suerte que al citar a Tito le colocaba en campaña sobre Cartago, y mostraba a los cimbrós derrotados por Breno; y de retórica y poética, como de las matemáticas y de los clásicos latinos, se le formó una mezcla fenomenal, combinación extraña de logaritmos, perífrasis, hipotenusas, metáforas y cálculos diferenciales, donde Blaiier, Laplace, Horacio y Plauto sufrían los más crueles tormentos.

La moda era su encanto; y a ella como a las máximas de su madre dedicó los mejores años.

La noble Marquesa Victoria decía a su querida hija Débora cuando esta salía del Colegio: ten en cuenta que la mujer no vale en sociedad por lo que sabe sino por lo que charla. La mayor prudencia consiste en ocultar el verdadero mérito, aparentando modestia, que más que cualidad es adorno; y que para no ser calificada de erudita —lo cual no sienta bien— debe la mujer vulgarizarse un poco para sorprender así los secretos de los demás, conservando la propia fuerza para estar siempre segura de sí y poder dominar. Llamar la atención, eso es todo; y emplear la intriga, después de haber hecho buen acopio de las crónicas particulares, es ser fuerte. La mujer se impone por el aparato, no por el corazón ni por el talento: aquel no da frutos, pues la bondad como la sensibilidad se

recomiendan mal, y en cuanto al talento, regularmente concita enemistades porque da sombra.

Tales máximas como postre a sus estudios de colegiala le sentaron a las mil maravillas, era como el marrasquino de aquella comida. A las mujeres les gustan por lo regular los licores dulces, los paladean con más placer que a los fortificantes y saludables, aunque secos.

Por parte del padre de Débora no hubo consejo alguno, debido quizás a la circunstancia de no ocuparse gran cosa de su hija, y luego porque murió a poco de haber salido ella del colegio.

## II

La Marquesa tuvo el placer de ver desarrollarse y fructificar la simiente que había depositado en el corazón de su hija.

Por el aparato, aureola ficticia de la moda y la riqueza, triunfaba siempre, y por su verbosidad, a pesar del constante tema banal, llegó a adquirir cierta fama en los principales círculos sociales. Manejaba admirablemente la intriga, y esto le daba no solamente gran importancia entre las mujeres, sino también prestigio y poder entre los hombres. Agréguese a todas esas fuerzas sus encantos naturales, y se comprenderá fácilmente cómo llegó a ser más que una reina, por la influencia, el lujo y el gobierno.

Tales condiciones y su opulencia le permitían y la obligaban a todo género de locuras; y entre los banquetes, bailes, teatros y fiestas campestres, siempre visible y en espectáculo, dando la moda y embriagándose en el placer, corrieron los años.

Amándose a sí propio demasiado, o lo que es lo mismo rindiendo un culto exagerado a la vanidad, se llega hasta el desprecio por la virtud; y cuando se va en pos de la alegría mundana como única meta de nuestro destino, el vértigo aturde, la algazara del placer ensordece, y se pisa con desdén la sinceridad y todo noble sentimiento, como si fueran estorbos vulgares interpuestos en nuestro camino.

A los diez y ocho años sonrió Débora irónicamente al puro afecto de un joven y apuesto teniente de dragones, noble y rico. Luego, a poco, y con tono desdeñoso, le dijo:

—Id a acuchillar con el sable en el campo de batalla, que esa es vuestra misión: allí siquiera, ese semblante entristecido tendrá atractivos, despedirá fulgores; pero aquí... desistid de matar mi buen humor con vuestras pretensiones romancescas.